

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

EDUARDO DEL SOLAR



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. III.
Madrid 23 de Abril de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
CALLE DEL ESCORIAL, NÚM. 16, BAJO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

CONTRASTES.

Era una lluviosa noche del mes de Diciembre. Las nubes, densas y preñadas, privaban al firmamento de su limpidez, y como si llorasen por la ausencia de la luna, se deshacían en brillantes lágrimas.

Recuerdo que por todas partes reinaba el silencio más absoluto, silencio que únicamente se interrumpía á largos intervalos por los quejidos del viento. Entonces la lluvia arreciaba, cayendo sobre los escasos transeúntes que caminaban apresuradamente para refugiarse cuanto ántes en el lugar á que se dirigían.

Yo también deseaba llegar pronto á la casa de mi amigo X, que me había mandado aquella misma tarde una esquila de invitación.

Mi amigo X era un aristocrático joven que poseía cuantiosas riquezas, destinadas á disiparse en el seno de la orgía, y yo, aunque poco afecto á este género de diversiones, no podía excusarme de manera alguna, por evitar la enemistad de una persona á la que debía grandes favores.

Por fin, después de recorrer varias calles solitarias y sucias, llegué á la casa de mi amigo, y desde la escalera, que se hallaba profusamente iluminada, pude escuchar las agudas carcajadas de las mujeres.

Entré en el salón, después de haberme anunciado un lacayo, y quedé sorprendido del espectáculo que se presentó delante de mis ojos.

Recuerdo que era una espaciosa habitación de forma rectangular, cuyas paredes se hallaban cubiertas con magníficos cuadros al óleo, la mayor parte de ellos reproducciones del realista Ticiano. De las cornisas de las ventanas descendían majestuosamente pesadas cortinas de terciopelo recamadas de oro, y en el centro había una mesa llena de manjares exquisitos, de los que se desprendían densas columnas de vapor.

Una docena de personas se hallaban sentadas junto á la mesa, de las cuales la mayor parte de ellas eran mujeres, escandalosamente escotadas, y sobre cuyas mórbidas gargantas brillaban preciosos collares de piedras, cuyos vértices cambiaban de colores al sentirse heridos por las luces que iluminaban la estancia.

Mi amigo X ocupaba el primer puesto de la mesa, y al verme entrar corrió á estrechar mi mano entre las suyas.

Después de hacerme los cumplimientos naturales, me invitó á que me sentara á la mesa; pero no acepté, colocándome en uno de los ángulos de la habitación.

Yo sentía resbalar por mi alma una profunda melancolía; cuando cesaban las voces de los convidados

escuchaba el ruido que producía la lluvia al chocar contra los cristales, y pensaba en los desgraciados que se hallarían expuestos al rigor del temporal, sin tener un hogar donde refugiarse ni encontrar un pedazo de pan que llevarse á la boca.

Otras veces despertaba de mi letargo y contemplaba aquellas infelices mujeres marchitadas en su juventud y que hacían un vil comercio con su hermosura.

Mientras me entregaba á estos pensamientos, las jóvenes reían y acercaban á sus cárdenos labios las copas llenas de dorado licor.

Cuando terminó la cena, los convidados se levantaron, pues debía empezar el baile.

Efectivamente, mi amigo X, que era gran artista, se acercó al piano y comenzó á preludiar los primeros acordes de un wals de Strauss. ¡Un wals de Strauss! Esto es, la esencia de la voluptuosidad, que nos transporta del cielo á la tierra y de la tierra al cielo, según las vibraciones de sus notas.

Entonces clavé mis ojos en aquellas hermosas mujeres que se dejaban arrastrar á los compases de aquella báquica armonía, y las contemplaba ligeramente echadas hacia detrás, dejando vagar la ondulante cola del vestido, la mirada ardiente por la fiebre, los labios entreabiertos que parecían solicitar una caricia.

Terminó el wals, y apenas se hubo extinguido en el aire la última nota, me despedí de mi amigo X, hallándome de nuevo en aquella sombría calle que había pisado una hora antes.

Ya no llovía, pero en el firmamento no brillaba una estrella que alterase la oscuridad de aquel piélago de sombras.

De pronto me llamó la atención el resplandor que se veía en una ventana de un cuarto bajo. Lleno de curiosidad, dirigí mis ojos hacia el interior y no pude contener una exclamación de sorpresa al ver una figura lívida, envuelta en negros sayales, que descansaba sobre un ataud con la inmovilidad de la muerte.

Cuatro hachones encendidos rodeaban el cuerpo, que parecía moverse á derecha é izquierda según las ondulaciones de la luz. Sus ojos vidriados parecían mirarme, y un estremecimiento galvánico invadía todo mi sér.

¡Era tan espantoso el contraste! ¡Una orgía y un cadáver! Esto es, un sér que ya había rendido su tributo, que ya conocía los arcanos de la verdad, tributo que tenían que rendir todos los compañeros que acababa de ver entregados en los brazos de la orgía.

En aquel instante escuché las carcajadas de mis compañeros, y me estremecí.

Después volvieron á oírse los acordes del mismo wals que antes me había fascinado, y que en aquel momento llegaron á mí como un salmo lúgubre.

Me retiré de la ventana, dirigiendo una última mirada al muerto. Yo, con la vanidad de todo hombre que pretende ser un filósofo, creyendo que su sistema ha convertido en realidades todas las hipótesis; yo, que creía que la muerte no existía, puesto que la materia no hace más que trasformarse y el alma dirigirse al cielo, comprendí, al ver aquella rígida figura, que tal

vez mi creencia era errónea, y que en mi pequeñez no tenía ni aún el derecho de indagar los misterios de Dios. Me alejé con precipitación de aquellos lugares; sentía que el miedo me asía con su mano glacial, y hasta la presencia del más inofensivo transeúnte hacía latir mi corazón, creyendo que me perseguía algún espectro.

Me parecía que todos participaban de mi espanto y que por todas partes aspiraba los miasmas de la muerte.

Y llegué á mi casa lleno de fatiga, con el pavor que infunde lo desconocido.

Aquella noche no dormí, mi ánimo, preocupado con aquel lívido rostro que acababa de contemplar, era imposible que conciliase la tranquilidad. Aun ahora, que escribo estas líneas bajo aquella impresión, una lucha terrible invade todo mi sér. Aquella inmóvil figura parecía sufrir; no gozaba del sueño eterno; debiera haber perecido después de una espantosa agonía. Y me pregunté: ¿Qué es la muerte? El olvido de los hombres. ¿Y después? Lo incierto, esto es, el sentimiento más espantoso que puede albergarse en nuestro corazón.

TOMAS DE ASENCI.

LA MADRE.

A LA MIA QUERIDISIMA

—La madre es el don de más precio que el cielo puede otorgarnos. —S. CATALINA.

—No puede llamarse infeliz el hombre que al nacer recibe de su madre el primer beso, que encuentra durante su vida la mano de su madre para coronarlo en sus glorias y para enjugar su llanto; que lucha con él y que al cerrar para siempre los ojos, ve que recoge su último suspiro, quien recojió su primer aliento. —T. GUERRERO.

—En las sociedades modernas recibimos de las madres los primeros sentimientos y las primeras ideas. —L. MERMIER.

Existe en la sociedad, cual pintoresco oasis, en medio del desierto, un sér destinado á cerrar las heridas de sus semejantes, á disminuir sus infortunios, á enjugar las lágrimas que inundan su rostro; sér que bajo el tipo femenino, tiene un poderío irresistible, cede todo á su vista, y que aunque verdaderamente no es hombre, no es mujer, no es ángel, participa de los caracteres de estos, de la penetración del primero, del sentimiento de las segundas y de la divinidad de los adoradores del Todopoderoso; sér ante el que se han descubierto todos los grandes géneos, sobre el que han acabalado con mano maestra imágenes sublimes nuestros ilustres compatriotas Catalina y Llanos Alcaráz; sér cuyo amor es grande, infinito, incommensurable; amor «que no produce lágrimas de fuego, sino llanto apacible que refresca el alma;» amor «cuyos rayos se proyectan sobre la tierra, pero que tiene su foco en el cielo;» sér, por último, que siempre ha existido, que siempre existirá, mientras la humanidad lata, porque es como su alma, el fundamento, la piedra angu-

lar en que descansa el edificio social: este sér es la *Madre*.

Madre, nombre mágico que arranca á nuestra mente ideas, á nuestro corazón suspiros, llanto á nuestros ojos y latidos á nuestro pecho, «el más dulce de cuantos encierra el *Diccionario*,» como ha dejado escrito uno de los autores citados, y el más sublime que pudo concebir jamás privilegiada inteligencia estética: sí, que todo esto y más se merece el nombre que indica á aquella mujer, que ha tenido en su regazo, alimentado con su sangre, é imbuido las primeras ideas á Dantes y Vives, Agustines y Calderones. La verdad de este último aserto nadie ha podido negarla, que no es mi humilde pluma quien la sienta, sino sábios y publicistas eminentes los que la han sostenido y confirmado, pues desde la creación, desde que se dejó oír bajo la bóveda celeste el armonioso concierto, escapado de labios racionales, la mujer ha ejercido un influjo constante y maravilloso en la civilización. Y al decir la mujer, nos referimos principalmente á la Madre, que cubre las primeras necesidades del cuerpo y satisface las muy más imperiosas del alma, ó á la esposa, que viene á identificarse con nosotros, á ser nuestra compañera, y confidente en penas y alegrías; las dos mujeres que en más contacto se encuentran con el hombre, aquella más que esta, pues es el sér por quien empezamos á amar y á saber lo que esto significa, y porque lo primero que aprendemos es lo que más influye y quizás nunca se separa de nuestra inteligencia. Y como esto lo ha hecho la Madre, y como esto ha sucedido y tenido que suceder, aun en los tiempos y pueblos aquellos, en que no se estimaba por su verdadero valor, la más preciada joya que poseemos, que se la negaba su aptitud para ciertas ocupaciones, y que ¡oh baldón para los que lo propusieron! se discutía como en el concilio de Macon su racionalidad, de aquí que afirmemos y probemos que la Madre, es la mujer que más predominio ejerce en el transcurso de la humanidad. Naciendo el hombre sin fuerza alguna para subsistir, necesita de un cuidado, de un asilo donde pasar sus primeros días, y este cuidado y este asilo se lo presta la madre, la mujer que lo ha tenido en sus entrañas, que ha sentido su primer movimiento, y que es sangre de su sangre, vida de su vida y espíritu de su espíritu, y ¿no ha de ser ella la que imprima en su alma los primeros sentimientos, las ideas primeras en su débil inteligencia? sí: que ella le enseña á coordinar los vocablos de su labio escapados, y cuando ya puede expresarse, es ella la que satisface el imperioso instinto de su curiosidad. ¿A quién, sino á su madre, ha de volver el niño para preguntarla que es lo que le impresiona? Ella le enseña á sentir, por ella empieza á conocer, eleva con ella al Todopoderoso las primicias de sumisión y tributo, después de saber que hay un Dios creador de todo lo existente: y cuando joven, marcha al combate bendecido de aquella persona adorada, también ha oído de sus labios, que hay una patria y un rey á los que debemos amar, á los que estamos obligados á defender, dando la última gota de nuestra sangre por tan venerandos principios. Y si

esto ha acaecido en todas las edades y entre todas las gentes, ora se rindiesen ante Brahma ú Osiris, ó profesasen culto á la libertad más desordenada, ó al despotismo más oligárquico, más se ha pronunciado después de la venida del Mesías, sentando la consideración de la mujer y principios que constituyen el último ideal de la humanidad.

Traslademos el hecho más grande que registra la Historia, subamos al Gólgota y presenciemos allí, con nuestras rodillas en tierra, humillada nuestra frente, y nuestro pensamiento en el cielo. Allí vemos á un Dios que humanado en las entrañas de una Virgen purísima, dá su vida por la redención de sus semejantes; contemplémosle, en la antes vil y hoy gloriosa Cruz, con los brazos abiertos, recibiendo cual bondadoso padre, á todos los que llegar quisieren, brotando de su divino costado, torrentes de sangre para lavar las culpas de los hombres, y dirigiendo súplicas á su Santo Padre para alcanzar el perdón de los que le martirizaban, y palabras de consuelo á los que con *El* sufrían. ¡Qué belleza, qué sublimidad! Parémonos algo más, reconozcámonos miserables pecadores y la luz divina nos dará un destello, para poder comprender aquel hecho grandioso y trascendental en que un Dios, un sér infinito se sacrifica por el hombre! Y sino, veamos solo, solo miremos al Creador en un suplicio cual infame criminal, con el semblante entristecido y acongojado, no por los sufrimientos de la materia, sino por los extravíos de su obra predilecta, y atendiendo á tan conmovedora escena le oiremos decir desde el sagrado leño, á su Madre Santísima: *Mulier, ecce filius tuus*, refiriéndose á su discípulo querido, y á éste: *Ece mater tua*, con relación á la Reina de los Angeles. ¡Qué artista, pudiera proporcionar á nuestra alma espectáculo tan embriagador?...

Con estas divinas palabras vemos abrirse una nueva era para la mujer; al partir el Sumo Hacedor de nuevo á tomar asiento junto á su Eterno Padre, quiso legarnos un recuerdo de su misericordia infinita, y nos lo hizo en una Mujer, en su Madre, por eso repetimos con Catalina, que es el don de más precio que el cielo puede otorgarnos, porque desde entonces tenemos un asilo fuerte y un auxiliar poderoso contra todos los males; que Dios previó en su sabiduría infinita, que podría carecer de escuchar el noble eco de un amigo, de los halagos de un hermano, de la solicitud y consejos de un anciano ¡Ay de mí! querido y respetado de los carinos de una hija, y quizás, de conocer á quien debe sus días... pero nuncade una madre, que es esta quien nos abre las puertas del mundo.

Pero dejando estas consideraciones generales, que á nuestro objeto convenían, pues nos era preciso sentar, por así creerlo no solo como dogma de fé, sino por encontrarlo confirmado por la razón y por la historia, que desde el Cristianismo, á partir de aquellas palabras de *Ece mater tua*, la mujer, la madre que á tan veneranda religión se acoge, ha ascendido mucho en cuanto á su influencia en la civilización: Citemos para comprender mejor este celeste tipo de que venimos hablando, un caso concreto, fijémonos en una madre, que todas

las que este sacrosanto nombre merecen son iguales, abrigan idénticos sentimientos nobles, las mismas ideas elevadas. Para esto no tendremos que marchar á olvidada biblioteca, ni registrar empolvados manuscritos, ni siquiera necesitamos abrir la *Maestra de la vida*, que bajo el techo en que escribo estas mal hilvanadas líneas, en el seno de mi familia, en mi adorada Madre, podremos encontrar el modelo; penetrad allí y os descubriréis al ver á la mujer cristiana, á la madre católica; ya elevando preces al cielo por todos sus semejantes; ya atendiendo al cuidado de sus hijos. ¡Cuán magnífico es en su sencillez nuestro hogar donde aprendemos no á titubear en materias de fé, ni á pretender llamarnos sábios sino á adquirir la gran tranquilidad del espíritu!

Pero para este exámen, no nos fijemos en el niño, cuando aun carece de conocimiento, que entonces, es, como observa Aimé Martin, la naturaleza, la que nos confía al amor y las caricias de una madre, y no á los cuidados de un pedagogo ó á la vigilancia de un filósofo, sino que arranquemos para el estudio de este caso concreto, cuando teniendo ya la razon y el ejercicio de su libre determinacion; parece que quiere emanciparse del lado de su madre, en busca de más instruccion, ya que no de más interés y afecto, y vemos aun, que es ella la que procura primero por su educacion, que quizás inaugurará, enseñándole á elevar su alma á Dios; y ella es la que en sus estudios siempre se encuentra vigilante para marcarle las buenas ó malas doctrinas que aprendiere.

Pero dejemos ya esto y habladme vosotros, compañeros de edad, vosotros los jóvenes y los que teneis la inefable satisfaccion de que vuestra madre puede abrazaros en esa edad tan crítica, ¿no habeis oido de ella los saludables consejos únicos que pueden salvarnos, en esa época tan procelosa? Sí, los habeis oido; porque los he oido yo, porque se los estoy oyendo continuamente á mi queridísima Madre, consejos y preceptos que influyen más que los que se oyen en las cátedras ó se leen en los libros, que estos se dirigen solo á la cabeza, y aquellos hablan á la vez al corazón. También en esta edad que todo sonríe, en esta, que se señala el camino que ha de seguirse por toda una existencia es la Madre la que nos conduce al de la virtud; por esto, las lágrimas que quizás no arranque á mi corazón joven aun, pero lacerado por grandes pérdidas, un desgraciado, un reo ó un moribundo, las arranca, y muy copiosas un huérfano, que yo tengo la convicción interior de que es este el ser más desgraciado de la tierra. En la juventud asimismo... pero, adelantemos algo más y no nos detengamos en este punto, pues si fuéramos á tratar de la Madre con relacion á esta edad tan feliz, escribiríamos un libro en vez de unos breves renglones, dado caso, de que nuestras fuerzas y nuestros ningunos conocimientos nos lo permitieran.

Pasan los años de amores y delirios, de pasiones desordenadas y de hechos sublimes; esa edad amalgama, confusa de ideas y de sentimientos, y otra edad la sucede, edad en que ya la razon toma su asiento en el corazón humano. Aquí también la madre ejerce su

predominio, no ya solo de sentimiento, sino al mismo tiempo intelectual; si el hombre se encuentra por el camino que le designó su madre, que es siempre el de la verdad y el de la justicia, ¿no ha de rendir culto, no ha de tener como principios de certeza incontestable, los pensamientos más insignificantes que su solicitud le dictara, cuando aquella felicidad que posee se la debe á ella? Y si ingrato á las leyes de la naturaleza y de la racionalidad, se despeñó insensato por el mal camino, ¿no ha de sentir también el remordimiento, el grito que continuamente se escapará de su conciencia? Más aún: si á aquel le falta el sér que tanto respetó, le bendecirá más, seguirá mejor sus consejos; pero si es á este, su remordimiento será más vivo, más intenso su dolor, que solo tiene el que cual este obra, el consuelo de ver á su madre junto á él, que le ama á pesar de sus crímenes, que le idolatra á pesar de sus extravíos, y que está pronto á defenderle aun cuando se opongan á ello obstáculos insuperables. ¡Qué amor tan desinteresado! ¡Cuántos sacrificios, cuántos desvelos por solo una prueba de cariño! Mirad á una Mónica y á una Rita haciendo de su hijo un santo y un sabio, y quitando de sus manos el puñal con que querían mancharlas. Me direis que eran santas, que están gozando de la presencia de Dios. Mas ¿qué mujer, que merece el nombre de madre, y de madre católica, que es como únicamente la concibo, no alcanza despues de su vida esta recompensa? Porque... ninguno entiende por madre la hembra que ha parido. ¿Cómo ha de recibir ese nombre, que llevó la Reina de los cielos, una Mesalina ó una Julia, y otras infelices mujeres que por desgracia existen para vergüenza de su sexo?

Otro efecto muy digno de apuntarse lleva consigo la idea de la maternidad: es el que nos expresa Llanos Alcaráz en la tan bellísima frase de que *la maternidad es bálsamo que aumenta la virtud de la mujer virtuosa, y redima las faltas de la culpable*. ¡Cuánta verdad y cuánta profundidad encierra! Las de la segunda parte las comprendo; las de la primera las sé por tener un ejemplo en mi adorada madre, que al trocar la corona de azucenas por la amarga de violeta, cambió también la alegría por el sufrimiento.

Para lo último he dejado, que las fuerzas me faltaban para escribirlo, uno de los muchos dolores que la madre experimenta, la pérdida del hijo de sus entrañas. ¡También por triste experiencia conozco esto; también tú, sér adorado, has bebido en este vaso de hiel! ¿No habeis visto, ni siquiera oido, la pintura del furor de la reina de las selvas cuando le arrebataban sus cachorros?... Pues ¡qué comparacion tiene con el de la madre! el de aquella es solo instintivo; á este presta fuerza el conocimiento, de lo que se pierde. En situacion tan lamentable, todo la sofoca, la hastía todo, se olvida de sus mayores afecciones, y solo halla un bálsamo, solo tiene un consuelo en la oracion y en su familia. Dicen algunos indiferentistas que este dolor va cesando hasta desaparecer; pero no los creais, negarlo siempre, que el sentimiento de la madre por la muerte de su hijo nunca disminuye; lo que hace es aumentar cada dia que pasa, añadir grados á su inmensa pena.



Solaris

—Dicen que Inés se ha perdido
y la he encontrado esta tarde!

—Si niña, las que se pierden
se encuentran en todas partes.

Antes de terminar este artículo, y porque algo bueno haya en él, hé de copiar unos pensamientos bellísimos de Aimé Martin, en que se encuentran justas censuras sobre la mala educación que se dá á las mujeres, pensamientos que no creo muy fuera de su lugar cuando se trata de la mujer que más influjo ejerce en la humanidad. Dicen así: «..... ¡Su influencia abraza la vida entera! Una amante, una esposa, una madre, son tres palabras mágicas que envuelven todas las felicidades humanas..... Al ver como se las educa, ¿no se diría que su buena ó mala voluntad ha de quedar sin resultado? ¡Oh mujeres! Es, pues, positivo, que los hombres insensatos os condenan en todas partes á la desgracia y á la abyección..... ¡Los pueblos, aún los más civilizados, en lugar de ilustrar vuestra razón y de elevar vuestra alma, cifran su felicidad en corromperos!.....»

Muy ciertas son desgraciadamente las afirmaciones del filósofo, que, como decía madame Campan, preguntada por Napoleon, uno de los grandes remedios para los males por que la sociedad atraviesa, es el de crear madres que sepan educar á sus hijos.

Cumplo mi palabra y concluyo: si no he revelado profundos conocimientos, expresión correcta y elegante, si creo haber vertido mucho amor hácia la mujer que el nombre merece de *madre*, y sobre todo á la mía queridísima estoy entonces satisfecho, que si nunca podré elevarme sobre mis semejantes por filósofo, orador ó literato, siempre consecuente con las ideas y sentimientos heredados, ideas y sentimientos sostenidos por una educación moral, poseeré la gran tranquilidad del espíritu; jamás lo ruin y lo ilícito tendrán cabida en mi pecho, que como ha dicho una de nuestras mayores glorias honra del moderno Parnaso:

Nunca es malvado el que á su madre adora.

JOSE P. LIÑAN EGUIZABAL.

COLECCION DE REFRANES.

POESÍA LEIDA EN EL LICEO DE GRANADA.

Cuando ante ustedes me veo
en la escena ó la tribuna,
no leyerá en el Liceo
si no fuera porque creo
que es de audaces la fortuna.

Y aunque es conseja ya oída
que el oncenno es no estorbar,
también es muy conocida
la de que es todo en la vida
como el comer y el rascar.

Empiezo, pues, recordando
que cierto cura de Astorga,
hombre sábio y venerando,
estándole yo escuchando
me dijo: *quien calla otorga.*

Yo creo, pues, me otorgáis
que os cansé en esta ocasión
cuando escuchando calláis;
y es que acaso recordáis
la ocasión hace al ladrón.

Y siento un pesar inmenso
de que no oigáis un poema;

mas deja de ser intenso
porque aconsejaros pienso:
¡cada loco con su tema!

La niña hermosa y lozana
en el albor de su vida,
oye en su primer mañana
al que amante la engalana:
¡quién bien quiere tarde olvida!

Pero llega al fin la ausencia
y es inútil que le llame
con amorosa demencia,
porque él dice en su inclemencia
que el buey suelto bien se lame.

Y ya marchitas las flores
de su corazón, herido
por el mal de los amores,
se convence entre dolores
que *ausencias causan olvido.*

La niña que en casar sueña
con un príncipe polaco,
y á los amantes desdeña,
el tiempo al cabo la enseña;
la codicia rompe el saco.

Pues luego vieja y mal quista,
acepta al fin por futuro
algun tipo petardista
con ribetes de conquista,
que á buen hambre no hay pan duro.

La que entregue su cariño
á algun niño, malo es esto,
naufragará como el Miño;
porque el amor en un niño,
es como el agua en un cesto.

La que trate de casarse
que ningun plan raro ejerza,
no subirse ni bajarse,
y sobre todo acordarse,
más vale maña que fuerza.

A ningun amante vano
abrais nunca vuestro pecho,
porque tras de ser insano,
aunque pida vuestra mano
aún queda *del dicho al hecho.*

Y aquí acabo; pero nó,
deciros se me olvidaba
otro refran que sé yo,
que mi padre me enseñó:
quien mal anda mal acaba.

Y por eso al concluir
y esto mi dicha no trunca,
en lugar de oiros reir,
espero que oiré decir:
¡más vale tarde que nunca!!

MANUEL DE PASO.

LAS DOS FAMAS.

Dos famas hay: contemporánea es una
favorita especial de la fortuna;
la segunda, que *póstuma* se llama,
de la verdad y el tiempo hija querida,
es la inmortal, la verdadera fama;
en un caballo aligera subida,
marchaba como suele de corrida
de fama de los vivos afanosa
y al son de una trompeta clamorosa
llevábase detrás gente sin tino.
De repente á la orilla del camino
la fogosa gineta,
encontró á su rival muda y sentada:
¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada.
cuando ocupar debieran tu trompeta
celebridades que hay de tantas clases?
—Estoy (dijo la póstuma) parada
aguardando á que pases.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

HOJAS DE UNA CARTERA.

LOS DOS CIELOS.

Ayer estaba triste. Era completamente desgraciado. El ángel de mi felicidad, que estaba lloroso y sombrío, lo veía sentado junto mí, en el banco de piedra en que yo descansaba en medio del campo, y lo sentía abrazándome solícito, llenando mi corazón de sombra, de negrura y de dolor con sus sollozos, y ocultándome con la punta de su oscuro cendal levantado ante mis ojos por su mano, las claridades de un día hermosísimo, y las magnificencias de un sol que coloreaba con los caprichos de su luz una esplendorosa altura.

Hoy ese mismo azulado pabellón, está encapotado y ceniciento, derramando sus lágrimas de lluvia por la ausencia del astro, y en cambio yo, miro esplendentes las regiones más recónditas de mi ser, porque mi ángel agita sus alas de contento, juguetea afable con mis cabellos, y me festeja, y me acaricia, y me envuelve en todos los resplandores de sus sonrisas, de sus miradas, y de sus alegrías.

Ayer sombra dentro de mí, y hermosa luz de fuera. Hoy ese mismo contraste vuelto materialmente del revés. Y es porque nosotros, como decía Pascal, llevamos en nosotros mismos nuestra niebla, y nuestro bello día. Es porque los hombres, tenemos un cielo dentro de nosotros mismos, que se llama alma, que es independiente, y que no es susceptible de las tempestades, ni de las serenas bellezas de ese otro que se tiende sobre nuestras frentes; cielo interno, que ninguna estrella del firmamento ilumina, ninguna nube del horizonte empaña, ninguna agitación de los huracanes perturba, que nadie más que el viento de las pasiones revuelve y encrespa en torbellinos, que solo la desgracia puede turbar y ennegrecer, y únicamente la dicha sabe dorar con sus matices, y hermosear con sus divinos arreboles.

BATALLA DE LA VIDA.

He amado á un ser, y ese ser me ha abandonado para subir al cielo.

Tengo ganas de salir yo también del mundo, para que nos juntemos en el lugar de las tranquilas felicidades.

Quisiera morirme, pero me quedan aun seres que se afligirían demasiado de ello, y los amo mucho.

Cada día que pasa es una gota más en la copa de la amargura de mi vida.

¡Pensar que mi reprimido deseo ha de durar hasta que esa copa se llene, es triste!

¡Saber que no ha de rebosar, sino con la gota que en ella derramará la muerte, es horrible!

Pero más horrendo es tener que esperarla en medio del sufrir, teniendo conciencia de que acelerarla es un

crimen, para el que guardarían personas muy amadas un eterno llanto.

¿Por qué no podremos remontarnos juntos como una bandada de palomas?

MANUEL ELIZABURU.

LO QUE SON LOS SUSPIROS.

- Madre ¿qué son los suspiros?
- Hija, del dolor palabras.
- Palabras? Y qué revelan?
- Revelan que sufre el alma!

E. DEL SOLAR Y DE ASTORZA.

Hemos recibido una carta firmada por una suscritora de LA MESA REVUELTA, en la que nos incluye una encantadora cuarteta que con motivo de haber leído el artículo que encabezaba nuestro segundo número, dedica á nuestro redactor *Luis de Charles*.

Dice así:

AL EMINENTE ESCRITOR LUIS DE CHARLES.

Si el talento se pudiese
dar, como se da el dinero,
yo pidiera, Luis de Charles,
una limosna á tu ingenio.

(Una suscritora á la MESA REVUELTA.)

¿No sabremos nunca el nombre de tan ilustrada poetisa?

ALCIRA.

Pequeñas colinas circundan un valle
que pueblan vistosos naranjos en flor;
de mil limoneros artística calle,
embriagan el alma sedienta de amor.

Del Júcar la verde florida rivera
que besan las aguas cual limpio cristal,
circuye amorosa la fértil pradera
do elevase Alcira cual sueño ideal.

Son blancas sus casas, hermosas sus calles;
sus aguas murmuran doquier en redor;
son lindas sus hijas, floridos sus valles,
más puro su ambiente, su cielo mejor.

De mil aspilleras estensas murallas,
la reina del Júcar coronan doquier;
recuerdo á sus hijos de invictas batallas
que un tiempo en sus muros supieron vencer.

¡Bien hayas Alcira la blanca paloma,
mecida en tus aguas de nieve y azul!
¡Bien hayan tus campos de sutil aroma!
¡Bien haya tu cielo de limpio tul!

MANUEL MELENDEZ.

A LOS SRES. DE GONZALEZ,

EN LA SENTIDA MUERTE DE SUS HIJOS.

Si es el vivir padecer
y el morir es descansar,
cesad, padres, de llorar
á los que disteis el ser.

Que viviendo aquí sin calma
sufrieran mil sinsabores,
y hay en el mundo dolores
que nos desgarran el alma.

Y pensad en vuestro duelo
ya que su muerte os aterra,
que aquí se sufre en la tierra
lo que se goza en el cielo.

Allí sin duelos prolijos
ignorán que en triste suerte,
se tiene envidia á la muerte
cuando se pierden los hijos.

LEON CARRILLO DE ALBORNOZ.

A...

Finge el artista una flor
de caprichosos colores,
flor, que teniendo color
carece de lo mejor
que es la esencia de las flores.

Como esa flor me parece
que hizo el Señor tu existencia,
¡ay! tu hermosura enloquece
pero tu pecho carece
del corazón, que es la esencia.

TOMÁS MONTEJO

VARIEDADES.

Con el título de *Episodios de la guerra* empezaremos á publicar desde el número próximo, una serie de cuadros históricos debidos á la pluma de uno de nuestros redactores.

Hemos tenido el gusto de ver en nuestra redaccion la revista científica y literaria de la ciudad de Lorca, que se titula *El Ateneo Lorquino*.

Aceptamos con suma satisfaccion el cambio que este periódico nos propone, pues nos honra mucho recibir un colega tan ilustrado y discretamente escrito.

Recomendamos á nuestros lectores el Colegio de primera enseñanza de San Rafael, situado en la calle de San Roque, núm. 10. Al hacerse cargo de este colegio nuestro amigo el Sr. Batalon, ha hecho notables mejoras en la primera enseñanza y abierto clases de adorno y preparatorias para comercio é infantería, reuniendo este establecimiento las mejores condiciones higiénicas, circunstancia por la que se admiten internos y medio pupilos.

Entra en *caja* aquel que arregla
su vida desarreglada,
el quinto tras el sorteo
que soldado le declara,
el periódico en la imprenta,
el muerto con su mortaja,
y yo que tras el dinero
corro en la calle y en casa,
no encuentro ni medio duro
para hacerlo entrar en *caja*.

—¡Mozo, café!

—Aquí está, señorito.

—Pero hombre, ¿como no traes agua?

—Dispense Vd., no hay más que una botella en todo

el café, y esa no se saca más que á las personas decentes.

—¡Ah canalla! ¿Y yo no lo soy? ¿En qué, pues, lo conoces?

—Despues que pagan.

He mandado componer
mi vieja bolsa de caza,
y ayer al guarnicionero
encontré cerca de casa.
¿Cómo ha quedado la bolsa?
le pregunté sin tardanza.
Y un caballero muy alto
que por mi lado pasaba,
A diez y siete cincuenta
me contestó.—¡Muchas gracias!

—¿Cómo está Filomena?

—¿Mi hija? Muy mal, D. Cosme, si Dios no hace un milagro, se nos va por la posta.

—¿Qué me dice Vd.?

Los dos amigos vuelven á encontrarse á los pocos dias.

—¿Y la enfermita? se apresura á preguntar D. Cosme al padre de Filomena.

Gracias por el interés, está perfectamente, contesta muy gozoso el interpelado.

—¿A qué debemos tan feliz é inesperado cambio? ¡Ah! (como iluminado por una idea repentina) la ha llevado usted tal vez á que la vea el Dr. Garrido, el non plus ultra de los farmacéuticos.

—Nada de eso; como sé que en los males de las jóvenes influye tanto la imaginacion, he tratado de distraer la de mi pobre enferma y la he suscrito á LA MESA REVUELTA, nuevo periódico, cuya lectura es amenísima.

—Me suscribiré.

FUGA DE CONSONANTES.

a i u i o. u a . a . a
ue. e. . o. e. a. a. e. e
. o. . a. a. e. e. a. o
u a . e. u. . . o. e. . ue. e

CHARADA.

Hace Teresa dos tercera y prima
con una fruta que antes prima y cuarta
y demuestra que no es dos y primera,
según la agilidad con que despacha.
Su mérito la encomio y con astucia
responde á mis elogios la taimada,
lo cual indica que prodiga el todo
como aliciente á su infinita gracia.

G. P. B.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCION DE LA FUGA DE CONSONANTES DEL NUMERO ANTERIOR.

Yo me parezco á la nube
que en lágrimas se deshace,
tu á la roca que las bebe
sin llegar nunca á ablandarse.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

SOLFEO.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.